

único representante era un joven bastardo, pues a la muerte de Pipino de Heristal parecía haber sonado la hora de la aristocracia y no la de la realeza. Diríase que había llegado al fin el momento en que, merced a la anarquía universal, iban a conquistar los grandes aquella independencia absoluta que equivalía a una verdadera soberanía; podían, sin temor a represión alguna, poner la mano en todo lo que estaba a su alcance y hacer presa de todos los débiles que se hallaban a su alrededor. Los bienes y la libertad de los pequeños fueron, naturalmente, el objeto de sus concupiscencias, sin que con ello se calmara su ambición. Las tierras de la Iglesia estaban sin defensor; las del fisco parecía como si no tuviesen dueño: unas y otras fueron invadidas y ocupadas por aquellos grandes violentos. ¿Es que, enriquecidos así a expensas del público, hubieran consentido en apoyar a Carlos Martel, si hubiesen temido encontrar en él un señor que les pidiese cuenta de sus usurpaciones?

Es evidente que el príncipe hubo de pactar con ellos, cerrar los ojos a sus depredaciones, dejarles, y aun entregarles a veces, los bienes que codiciaban, a condición de que le prestaran su apoyo y se mantuvieran fieles a él. Hubo, pues, al parecer, una transacción: los grandes quedaron en posesión de lo que habían usurpado, pero como usufructuarios y sin perjuicio en cuanto al título del legítimo propietario, ya fuese éste la Iglesia o el Estado. Nacido de la fuerza de las cosas, este pacto originalísimo encontró en las instituciones de la época una forma que se convirtió en cierto modo en su ropaje, y que le dió muy pronto carta de naturaleza en la sociedad galofranca. Había, en efecto, en los contratos de orden privado, un modo de tenencia de la tierra que era de origen romano y llevaba el nombre de *beneficio*; consistía éste en la concesión temporal del usufructo de un inmueble mediante ciertas prestaciones que habían de pagarse al propietario. Esta clase de concesiones era usada frecuentemente y desde tiempo inmemorial por la Iglesia, que encontraba en ello muchas ventajas, ya que abandonaba así, bajo la forma de beneficio, lo que se veía amenazada de dejarse arrancar a viva fuerza.

Para un soberano, obligado a pactar con la aristocracia y que quería pagarle sus servicios lo menos caro posible, no podía haber expediente más oportuno que éste; las tierras usurpadas por los grandes les fueron, pues, dejadas en concepto de beneficios reales, con las ventajas y las cargas propias de esta clase de tenencias<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ver sobre todo *Gesta abb. Fontanell.*, c. 19, 10, 12 y 16.

Y no sólo Carlos Martel toleró lo que no había podido impedir, sino que es muy probable que él mismo multiplicase este género de tenencias para multiplicar paralelamente sus adeptos. Además de las tierras de la Iglesia, las del fisco eran bastante numerosas para permitirle tales larguezas, y sería tanto más liberal cuanto que, después de todo, no eran todavía suyas. Así es como, gracias a la perturbación de las relaciones sociales, el beneficio salió en un momento dado de la esfera del uso privado para elevarse a la altura de una importante institución pública. Las causas que habían determinado tal transformación permanecieron activas durante largo tiempo, por lo que no cesó ésta de desarrollarse, y el beneficio acabó por llegar a ser la forma habitual de las relaciones jerárquicas. Hasta que su extrema difusión trajese la caída de la dinastía carolingia, fué su principal apoyo, y proporcionó a Carlos Martel el partido con que le fué posible vencer y reinar.

A su muerte, imitando el ejemplo de su padre, Carlos dispuso soberanamente de su Imperio, que partió entre sus dos hijos. Esta vez no había rebeliones que temer; no se levantó ni una sola reclamación, excepto en su propia familia, como si desde entonces poseyese el poder a título hereditario, y bastase el pertenecerle para tener derecho a reinar. Los descontentos se vieron obligados a servirse de un hijo ilegítimo de Carlos, llamado Grifón, para perturbar a sus hermanos en el goce pacífico de la herencia paterna. No hay vestigios ni de la más pequeña oposición merovingia; he aquí una prueba del carácter soberano de la nueva familia, largo tiempo antes de que uno de los suyos hubiese ceñido la corona real. Sin embargo, Pipino y Carlomán, que habían quedado dueños indiscutibles del Imperio, se creyeron en el caso de hacer un sacrificio a la prudencia saliendo de una querrela que quizá habría puesto alguna sombra sobre la legitimidad de su poder. Restablecieron, pues, a un rey merovingio; pero tal monarca, del que apenas se conoce más que el nombre, sólo toma la palabra en un diploma para atestiguar, con acentos de reconocimiento, que les debe el trono<sup>1</sup>.

Nada más despreciable, por lo demás, ni más a propósito para disgustar a los pueblos de la antigua dinastía, que el género de vida de los últimos reyes merovingios. Se hubiera dicho que sus felices rivales no les dejaron languidecer en el trono sino para mostrar hasta qué punto eran indignos de él. Eran casi los prisioneros.

<sup>1</sup> Diploma de Childerico III, en BRÉQUIGNY y PARDESSUS, *Diplom.*, II, pág. 387.

neros de sus mayordomos de palacio, y se veían reducidos, aun a pesar suyo, al papel de *reyes holgazanes*; se les exhibía en los días de las asambleas solemnes, en que, para conformarse a los usos, pronunciaban discursos aprendidos con anticipación, y recibían los regalos tradicionales que les ofrecían los guerreros. El pueblo, que no los veía más que en este día, aprendía allí sin duda a desdenarlos; después de lo cual, permanecían relegados todo el resto del año en alguna quinta, en donde vivían bastante estrechamente, rodeados de servidumbre poco numerosa, y reducidos por toda subsistencia a una pensión módica que a veces hasta se hacía esperar. También la asamblea deliberaba sin ellos, y los escribas que redactaban las actas públicas descuidaban hasta el hacer figurar en éstas sus "soberanos" nombres <sup>1</sup>.

¡Con qué impresión de consuelo y de orgullo debía el pueblo franco trasladar sus miradas de estos restos lamentables de una estirpe moribunda a los brillantes vástagos de la familia carolingia. Éstos, lejos de consumir su existencia entre concubinas y en la sombra de los palacios, compartían los peligros de sus guerreros, blandían como ellos la francisca y la frámea, eran los primeros en la bravura, para merecer ser los primeros en la dignidad, y ganaban su púrpura real en el campo de batalla, empapándose en la sangre de sus enemigos. Ofrecían a la admiración de sus contemporáneos uno de los espectáculos más raros en la historia: el de una sucesión de hombres ilustres transmitiéndose de uno en otro el genio con la sangre. Durante cuatro generaciones la riqueza de los jugos vitales fué creciendo en esta familia, y se pudo comprobar en ella una ascensión no interrumpida de la voluntad y de la inteligencia. La energía viril de Pipino de Heristal y la constancia con que supo afrontar lo mismo la fortuna próspera que la adversa, habían agrupado alrededor suyo a toda la nación franca. Carlos Martel, salvador por dos veces de su pueblo, se mostró a los ojos de los suyos como el héroe siempre victorioso en quien revivía el valor fabuloso de los antiguos dioses. Pipino el Breve, verdadera naturaleza de rey, porque comprendía todas las necesidades de su tiempo y sabía dominarse a sí mismo y a los demás, era a propósito para coronar la fortuna de su casa. Y en cuanto a Carlomagno, basta con nombrarlo. Tal fué la graduación providencial de virtudes y de talentos que consolidó en el seno de la familia carolingia los dos títulos

<sup>1</sup> EGINHARD, *Vita Karoli*, c. 1; THÉOPHANE, *Chronographia*, pág. 659; *Bre-* *viarium Erchamberti*, en *Monumenta Germaniae historica*, tomo II, pág. 328.

reales más preciados de los germanos: la nobleza de la sangre y el mérito personal.

Carlos Martel había tenido que labrar su propia fortuna; y la Providencia veló sobre la de su sucesor. El vencedor de Poitiers acababa de destruir por sí la unidad franca que había restablecido, obedeciendo a la costumbre nacional que consideraba al poder soberano como herencia familiar, sometido como cualquier otro patrimonio a la ley de la división por igual entre los diversos herederos. En virtud de este punto de vista bárbaro, la Austrasia, con las provincias germánicas, le habían tocado a Carlomán, mientras que Neustria y Borgoña habían constituido la parte de Pipino. Así, el resultado más considerable de la carrera de Carlos Martel se desvanecía entre las manos de sus hijos; pero la unidad franca entraba en el plan de la voluntad suprema que presidía los destinos de la Europa naciente. Cediendo al misterioso atractivo de la vida monástica, Carlomán eligió *la mejor parte*, desapareciendo del bullicio del mundo y determinando así que Pipino reinase solo en adelante en el Imperio unificado.

Su misión no era fácil; al salir del caos en que había estado a punto de perecer, la sociedad no había sacado a salvo más que su existencia, después de perder su dinastía y sus instituciones. Había que dotarla de un gobierno nuevo, inspirándose en las lecciones de la experiencia y en los deseos de la nación. Pipino lo consiguió; bajo él se realiza la reconciliación entre el pueblo y el soberano, pues la nación tiene la dinastía que desea, la única que puede soportar. Los reyes carolingios aparecen como los jefes populares y respetados de un pueblo libre, y no como los césares voluptuosos que le tiranizan desde el fondo de un harén; la quimera del poder no atosiga a sus inteligencias lúcidas y firmes: no intentan imponer una autoridad extrema a un pueblo que apenas soporta las formas más elementales del gobierno, ni irritan con provocaciones a la clase a la cual deben su corona. Paralelamente, la aristocracia, que no tiene ya que temer ni despreciar a sus soberanos, se acostumbra a contentarse con su vasta independencia y no intenta abatir a una autoridad justa y fuerte. Es admirable ver cómo estos mismos grandes, cuyas conspiraciones y alborotos llenan todas las páginas de la historia merovingia, se muestran tranquilos y disciplinados bajo los descendientes de Pipino; diríase que era una nación nueva, y no era sino un pueblo cuyo sentimiento nacional estaba satisfecho.

La política carolingia pareció querer remontarse hasta la cima de

la libertad germánica, no para resucitar el pasado, sino para inspirarse en él. Restauró la antigua costumbre nacional de las asambleas públicas, tan olvidada bajo los merovingios, que querían gobernar ellos solos; inútil es decir que, al rejuvenecer esta venerable institución, fué preciso darle una forma apropiada a las exigencias de un ambiente totalmente nuevo. Dos hechos dominaban desde hacía muchos siglos el desarrollo político de los pueblos bárbaros: la preponderancia del poder real y la desaparición progresiva de los simples hombres libres, con la formación de una verdadera aristocracia. El *campo de mayo* carolingio tuvo que reflejar necesariamente este aspecto de la sociedad política; la realeza llegó a ser la fuerza directiva de la asamblea general, y la aristocracia su componente casi exclusivo. Por lo demás, la inmensa extensión que tomó el Imperio franco hubiera bastado ella sola para determinar la retirada del pueblo propiamente dicho, pues no había medio, en efecto, de reunir en un solo punto del territorio a masas tan numerosas y dispersas en tiempos de paz en una extensión tan vasta. El campo de mayo fué, por tanto, lo que podía ser en tales condiciones: no la acumulación imposible de un pueblo al que no se adaptaba ya la asamblea democrática de los días de su infancia, sino el órgano legal de una nación cuyas fuerzas vivas se reunían alrededor de su soberano.

Gracias a una vuelta tan feliz a las tradiciones el poder había encontrado de nuevo el instrumento de relaciones fecundas entre él y la nación; los campos de mayo proporcionaban la ocasión de enterarse de sus aspiraciones, de presentir sus disposiciones antes de tomar alguna iniciativa importante y, en fin, de halagar su amor propio sin hacerles el sacrificio de los derechos soberanos. Por otra parte, la nación, consultada y honrada por el soberano, volvía a encontrar su parte legítima de influencia en la marcha de los negocios públicos; aun cuando la misión preponderante fuese incontestablemente la del príncipe, ya no era ella, sin embargo, la masa desorganizada y muda que hasta entonces no había tenido otro recurso contra la tiranía que el de la rebelión. El príncipe obraba de acuerdo con los grandes, y nunca se sentía más fuerte que cuando la obediencia de éstos era hija de la persuasión; semejante en esto a los reyes de la época bárbara, ambicionaba mucho más la adhesión libre que la sumisión forzada.

Deseaba mucho el monarca que tal adhesión fuese unánime, y le resultaba verdaderamente grave el que no lo fuera, como sucedió en ocasión de la primera expedición de Pipino el Breve contra los

lombardos. La aristocracia franca tenía numerosas relaciones de amistad con este pueblo; por eso, cuando hubo de tomar las armas para ir a combatirle, parte de sus miembros protestaron enérgicamente y estuvieron a punto de rebelarse<sup>1</sup>. Hay que decir que éste es, por otra parte, el único ejemplo en que encontramos huellas de disensiones serias entre los nobles y la dinastía, la que, fuera de este episodio aislado, pudo gobernar en paz, investida con la confianza de todos y sabiendo desarmar, por el ejercicio que hacía de su poder, a aquellos mismos que hubieran podido sentirse tentados a discutir su legitimidad. En suma, todo el mundo comprendía que ella salvaba a la civilización franca, y era éste un derecho que a nadie se le ocurría disputarle.

Tal misión de salvadores era, desde luego, muy pesada, pues en aquel vasto Imperio reinaba el desorden más espantoso, ya que hacía más de un siglo que no había en él una sola fuerza que no hubiese sido empleada en servicio de la anarquía. Las ruinas se habían acumulado por todas partes, y el estado de la sociedad era verdaderamente caótico. La iglesia se veía despedazada como presa sabrosa por bárbaros ávidos que no comprendían su espíritu, pero que codiciaban sus riquezas; sus bienes, patrimonio sagrado de los pobres, formado por la piedad de muchas generaciones, quedaban entregados al saqueo; sus dignidades se veían invadidas por turbas de prelados groseros, licenciosos y belicosos. En una de las sedes más notables de Alemania se había sentado un hombre que era hijo de un sacerdote concubinario y que, siendo ya obispo, había matado a traición al asesino de su padre. Los concilios, aquellas asambleas de sabios y de santos, en donde se elaboraban las leyes civilizadoras, habían dejado de reunirse, y la sociedad, que, siguiendo sus huellas, marchaba en otro tiempo con paso tan rápido por el camino del progreso, se detenía y comenzaba a volverse hacia atrás.

En el siglo VIII, lo mismo que en el sexto, se veía a charlatanes que recorrían el país mostrando cartas caídas del cielo, y haciendo venerar sus cabellos y sus uñas a sectarios fanáticos, como si fuesen reliquias. No hay una sola de las supersticiones paganas del tiempo de Chilperico que no volvamos a encontrar florecientes al advenimiento de Pipino el Breve, y en ciertas esferas comprobamos un verdadero retroceso del espíritu cristiano. Se asemejaba la sociedad a aquellas extrañas figuras de la mitología antigua: aunque los rasgos de su cara hacen admirar la nobleza naciente de la faz humana,

<sup>1</sup> EGINHARD, *Vita Karoli*, c. 6.

acaba por abajo en formas monstruosas que la ligan a especies inferiores. ¿Qué será de ella en definitiva? ¿Expulsará violentamente al alma cristiana que intenta encarnarse en su cuerpo y volverá a caer en el fango de la barbarie nativa, o irá, mediante esfuerzos enérgicos, a desprenderse del lodazal y a elevarse a la altura hacia donde la Iglesia la invita a subir?

He aquí la cuestión vital que se presentaba ante la sociedad del siglo VII, y a esta interrogación se encargó de responder la familia carolingia en nombre del pueblo franco. Resueltamente y con plena inteligencia de lo que hacía, tomó posiciones en el gran debate entablado entre el espíritu de la luz y el de las tinieblas, y, arrojando en la balanza el peso de su gran poder, la hizo inclinarse del lado de la civilización. Se experimentan sentimientos de respeto al verla, en medio del desorden universal de entonces, proseguir con paciencia y energía admirables su enorme obra de restauración. El genio del orden era como una cualidad hereditaria en los miembros de esta familia educada por santos. Otra de sus tradiciones era la adhesión a la Iglesia, y hasta sus vástagos más bárbaros parecen haberse gloriado de no decaer en este concepto. Será honor suyo eterno el haber comprendido el valor social del principio cristiano y el haber rodeado de protección eficaz a las instituciones por las que obraba sobre la vida pública. Sean cuales fueren los errores políticos o las faltas de la vida privada que hayan podido cometer estos hombres poderosos, no por ello dejan de resultar campeones vigorosos de la causa cristiana y de merecer el nombre glorioso de civilizadores.

Ni siquiera hay que exceptuar de este título a Carlos Martel. Que haya puesto mano violenta sobre bienes sagrados, o que se haya limitado a regularizar la expoliación cometida, no por ello es menos cierto que sus victorias fueron las del orden y de la civilización, y que la Iglesia misma estaba interesada en el triunfo del hombre que humillaba a Ratbodo y rechazaba a los sarracenos. Él fué el protector de las misiones alemanas, y San Bonifacio le rinde el glorioso testimonio de que sin el apoyo de su brazo la obra de evangelización de los bárbaros habría sido estéril<sup>1</sup>.

Sin embargo, no era al poder temporal al que pertenecía reanimar la vida lánguida de la sociedad religiosa; aunque él podía ser instrumento de regeneración, sólo ella podía ser el alma de tal renovación. Pero ¿cómo encontrar esta alma en la Iglesia de las Galias, convertida en miembro inerte y paralizado de la Iglesia

<sup>1</sup> BONIFAT., *Epist.*, 55 (Jaffé).

universal en el momento en que se levantaban a defenderla los hombres más poderosos de su siglo?

En este momento crítico es cuando el Pontificado intervino de modo inesperado. Colocados en la cima de la jerarquía católica, desde donde abrazaban como desde lo alto de un observatorio sublime el vasto espectáculo de los destinos del cristianismo en el Universo entero, los Papas veían todas las necesidades de la Iglesia y tenían a su disposición los recursos necesarios para satisfacerlas. De todos los puntos del mundo afluía a ellos el tesoro inagotable de las abnegaciones y de los sacrificios, y podían, sin empobrecerse, derramar el sobrante sobre las partes menos favorecidas de su vasto dominio espiritual, conjurando así el peligro del aislamiento de las naciones mediante el cosmopolitismo de la caridad. Desgraciadamente, se habría dicho que todas las circunstancias se habían conjurado para hacer imposible la intervención del Pontificado; jamás había estado éste más alejado de los francos que el día en que les era más necesario; la correspondencia epistolar tan activa que los Papas del siglo VI mantuvieron con los descendientes de Clodoveo se había detenido bruscamente a partir del siglo VII, y durante más de cien años, desde el 613 hasta el 722, el sitio de la nación franca había quedado vacío en el Registro venerable que contiene las palabras enviadas por el vicario de Jesucristo a todas las naciones de la Tierra. No parecía que en los momentos en que la barbarie de los tiempos había interrumpido las antiguas relaciones entre Roma y Galia pudiera esperarse verlas tomar aquel carácter de intimidad cordial que era necesario para que el Pontificado pudiese ejercer una acción eficaz.

La Providencia vino a arreglarlo todo de modo verdaderamente sorprendente y admirable. El instrumento escogido para reanudar los lazos rotos fueron aquellos anglosajones que, habitando en los extremos confines del mundo de entonces, no parecían llamados ni por su posición ni por su pasado a una misión de tal importancia. Pero aquí es donde se iba a ver al Pontificado y a la Iglesia recoger los frutos del celo apostólico de San Gregorio Magno. Espontáneamente, por una iniciativa audaz y generosa, los anglosajones vinieron a colocarse entre la Santa Sede y la nación franca; estrechamente enlazados a ésta por la comunidad de origen, y profundamente adictos a aquélla por la unidad de la fe, parecían indicadísimos para la misión civilizadora que iba a corresponderles. El Pontificado encontró en ellos a obreros infatigables que habían de ayudarle a reconquistar para el Evangelio a la tierra franca; el más ilustre de

entre ellos llegó a convertirse en representante oficial del soberano Pontífice cerca de los carolingios, y arrojó las bases de la alianza, larga y duradera, que se estableció entre los jefes de la Iglesia y los del pueblo franco.

Tal alianza fué el gran acontecimiento del siglo VIII; fundada por una y otra parte en la comunidad de grandes miras políticas y religiosas, consistía menos en la amistad de los soberanos que en la coincidencia de los principios; era el pacto indisoluble de las dos autoridades más elevadas del mundo, que, por primera vez desde el origen del cristianismo, trabajaban de consuno en realizar su ideal social. Cualesquiera que hayan sido los errores de los obreros que se emplearon en esta gran obra, puede decirse que la civilización no hizo nunca progresos más rápidos que a partir del día en que selló el tratado de unión entre los dos poderes.

He aquí por qué es necesario anotar como día memorable en la historia de la civilización moderna aquel en que un misionero anglosajón se presentó de parte del Papa, en la primavera del año 723, en la corte de Carlos Martel y en que este príncipe concedió una carta de protección al enviado de la Santa Sede. Aquel día el poderoso soberano de los francos dió su mano a la del Papado, y ambas manos quedaron estrechamente apretadas durante más de un siglo, para felicidad del mundo. El legado pontificio, agente del Papa y protegido del rey, pudo empezar entonces la acción saludable que le estaba reservada. No es necesario decir que tal acción se había de ejercer exclusivamente en el terreno espiritual. Extraño a la vida política, cuyas agitaciones e intrigas no le inspiraban más que disgusto, San Bonifacio procedió como verdadero reformador religioso, no buscando más que el reino de Dios y no ignorando que el resto se le daría por añadidura. Fortificado con la protección del príncipe y con la confianza del Papa, arrostró las resistencias irritadas que sus primeros esfuerzos encontraron en el seno de la propia Iglesia franca, cuyos intereses, pasiones y prejuicios se conjuraron contra su obra y llegaron, si no a domar su valor, al menos a envenenar su vida; pero su heroica obstinación triunfó de todas las dificultades, hasta que llegó un día en que, hablando en nombre de San Pedro, pudo reunir a su alrededor a todo el clero franco, convertido en colaborador suyo en la obra de la resurrección social.

Al echar una mirada sobre los numerosos prelados que acababa de reunir en el primer concilio celebrado en la Galia desde hacía muchas generaciones, el legado pontificio podía experimentar un sentimiento de noble orgullo, pues había reanimado la institución de

donde habían salido todos los progresos, y la había establecido sobre bases más anchas que nunca. Eran los concilios nacionales los que iban a continuar en adelante la tradición de los concilios provinciales del siglo VI, y la Iglesia franca entera la que, bajo la protección de los príncipes y con el auspicio de los Papas, iba a emprender de nuevo la labor secular de la educación del mundo bárbaro.

Desde el día en que estas grandiosas asambleas, gracias al benévolo concurso de Carlos Martel, pudieron reanudar sus pacíficos debates, circuló como un nuevo soplo que pasara a través de los miembros agostados de la sociedad religiosa: se reanudó el ejercicio regular de las instituciones; la corriente vital, detenida por mil obstáculos acumulados, volvió a circular por los campos que antes fecundaba, y las fuerzas sociales, sacudiendo en todas partes el entorpecimiento que las paralizaba, aspiraron en común a la unidad, a la armonía y al progreso.

Los concilios sirvieron de órganos colectivos a tantos esfuerzos aislados; colocados en cierta manera en un punto de confluencia, les imprimieron a todos una dirección única, trazada de antemano por el dedo del Pontífice. En efecto, era el Pontificado quien, mediante su legado, ponía en movimiento a la Iglesia de las Galias y presidía sus esfuerzos; y mientras esta Iglesia verificaba en sí misma este hermoso trabajo de depuración y de rejuvenecimiento, los grandes dignatarios seculares, agrupados a su alrededor, se adherían a sus resoluciones y se preparaban a darles fuerza de leyes y a trasladar a la sociedad temporal los beneficios de tanta reforma saludable.

Para obtener tan importantes resultados no hubo necesidad de crear en la Iglesia legislación ni instituciones nuevas; bastó volver a la fuente pura y límpida de los principios cristianos y devolverles la legítima influencia que debían tener sobre el mundo. La marcha que había de seguirse en esta empresa estaba indicada anticipadamente. Para reformar al mundo era preciso reformar primero a la Iglesia, empezando, para lograrlo, por reformar a los ministros de ésta. San Bonifacio lo había comprendido así; mucho tiempo antes de que le hubiese sido dado el convocar los concilios nacionales, que son uno de sus más hermosos títulos de gloria, había declarado la guerra al clero corrompido de su tiempo; los simoníacos, los concubenarios, los belicosos y los ignorantes habían encontrado en él a un adversario resuelto que sabía, además, por experiencia dolorosa, lo que costaba atacar los vicios inveterados.

Pero los concilios le compensaron de todo; consagraron éstos todas